

la luna entre la tierra y el centro del sistema planetario. A una invitación de las naciones hispano-americanas para el Congreso de que se trata, el Gobierno de Washington contestaría diciendo que era improcedente, pues las naciones hispano-americanas iban a deliberar en Santiago de Chile, con asistencia de los Estados Unidos, en el curso de este año.

En el Congreso hispano-americano, cuya reunión se desea, los Estados Unidos no podrán tomar parte mientras predomine en el espíritu de su Gobierno la idea de permanecer extraños a la política europea. Acaso los Estados Unidos pueden darse el lujo de sostener esa actitud. Los Estados hispano-americanos no podemos llegar a tanto. Somos herederos directos de la cultura europea y nos ufamamos de continuarla, influyéndole parte de nuestra sensibilidad, y aumentándola, en cuanto sea posible y modestamente, con átomos de nuestra alma. Económicamente, y hoy por hoy, los lazos entre la América española y Europa son numerosos y estrechísimos. Hispano-américa no ha llegado todavía a la etapa industrial de su evolución; es una comarca agrícola, minera, pecuaria, según los climas y latitudes. Europa ha de suministrarle los artefactos de la industria y ha de ser el mercado para los productos de su agricultura. No puede Hispano-américa desvincularse de Europa ni en cosas del espíritu, ni, hoy por hoy, en materias económicas. Sólo en el caso de que los países europeos insistan en la temeridad de bastarse a sí mismos en la producción agrícola, nos veremos obligados en Hispano-américa a forzar el paso de nuestra evolución industrial; por ahora, la interdependencia es una realidad inmediata.

Los Estados Unidos han asumido una actitud de superioridad en el continente americano. Esa arrogancia lastima el sentimiento de las naciones vecinas. Hay siempre de nación a nación dificultades más o menos irreductibles para un completo entendimiento. Analizando el espíritu del extranjero tropieza uno al fin con un precipitado que se resiste a todos los reactivos de la inteligencia. Sólo con un trabajo constante de interpretación mutua puede, al fin, obtenerse la separación de los componentes del precipitado. Los Estados Unidos se niegan a hacer ese trabajo. Nos lo han dejado a nosotros, y al paso que los hispano-americanos conocen cada día mejor a los Estados Unidos, en provecho de... Hispano-américa, los Estados Unidos, según lo muestran sus relaciones con México, Santo Domingo, Cuba, Panamá, Nicaragua, etc., etc., se obstinan en desconocer la psicología de los pueblos que ocupan el resto del continente y las islas que caen hacia el Sur.

La opinión del Sr. Barcia acerca de la imposibilidad de una acción americana sin el concurso de los Estados Unidos, está muy arraigada en Europa. Proviene, en mi sentir, de los tiempos en que todos los estadistas, deseosos de darse importancia, hacían ostentación, lo mismo en Berlín que en Roma, así en Londres como en Viena, de la

superioridad de la fuerza sobre el derecho. Los Estados Unidos eran el país más fuerte de América, y las consecuencias brotaban, naturalmente de esa clara premisa. Han cambiado las apariencias. El Derecho es cosa menos vaga y un tanto más temible que antes de 1914. Al sur de Estados Unidos, crecen en población, en vigor político, en conocimiento de sus deberes internacionales, diez y ocho naciones independientes. Algunas de ellas han realizado, en el curso de un siglo, obra política más perfecta que los Estados Unidos; ninguna tiene problemas de la magnitud del problema racial que amenaza las libertades del pueblo yanqui; la población crece en el Sur con más rapidez que en el Norte; el esfuerzo material de los países ibero-americanos para contribuir al mejoramiento de la vida en Europa es tan intenso como el de los Estados Unidos, y menos interesado acaso. Durante la guerra, muchas Repúblicas americanas hicieron política distinta de la de Washington. Como americano del Sur me atrevo a esperar que la inteligencia perspicua y generosa del señor Barcia aceptará que se tengan sobre este punto opiniones diversas de la suya, que, en justicia, debo confesarlo, es la más difundida.

Por último, hay un elemento de política interior que haría inofensiva la concurrencia de los Estados Unidos a un Congreso ibero-americano. En los últimos años, la historia internacional de los Estados Unidos ha estado inadecuadamente influida por la política de partido en sus más estrechas manifestaciones. Desde el peligro de guerra, en 1896, con la Gran Bretaña acerca de la disputa de límites de este Imperio con Venezuela, hasta la ignominiosa derrota de la política del Presidente Wilson y de sus sinceros anhelos de fraternidad universal, la

política exterior americana se inspiró siempre en las necesidades inmediatas, y a veces muy pequeñas, de un partido político. Tanto en Europa como en la América sajona del Norte, se habla con cierto desdén de la vida política de los países ibero-americanos. Es el caso de empezar a rectificar esos conceptos. Del punto de vista de las libertades públicas hay muchos países ibero-americanos más avanzados que los Estados Unidos. Aquellas Repúblicas trataron en sus comienzos de imitar servilmente las instituciones de la hermana mayor. Las más desventuradas han sido aquellas que siguieron más de cerca el modelo. Las más avanzadas en su régimen político son precisamente las que, habiéndose encontrado a sí mismas, han empezado a vivir sus vidas de acuerdo con sus orígenes, su ambiente y sus aspiraciones.

Si los Estados Unidos aceptan la existencia de esta diversidad, y si desean inmiscuirse en la política europea, cualquiera que sea el partido que esté usufructuando los despojos de la batalla electoral en la Casa Blanca, no veo que haya inconveniente para que formen parte de un Congreso hispano-americano. Si entendí bien al profesor Shepherd en sus conferencias del Ateneo, a principio de este año, los Estados Unidos son, en su concepto, una nación hispano-americana. Es hispano-americano el Sr. Shepherd en sus anhelos de comprender a otros pueblos y de asimilarse otros modos de sentir.

Le renuevo la expresión de mi agradecimiento, por la acogida que se ha dignado dar a las ideas consignadas en mi carta anterior, y soy de usted muy atento, s. s. y amigo,

B. SANÍN CANO.

(El Sol. Madrid).

El Estado español, el porvenir de América y la universalidad del idioma castellano

Por R. BLANCO FOMBONA

(Véase los números 20-21 del tomo en curso).

NO. El mundo no aprende chino, aunque bastante le convendría saberlo. Mucha gente, en cambio, cultiva el idioma español, y parece disponerse a cultivarlo en mayor escala. El averiguar por qué se pospone el chino al español nos arrastraría al otro extremo del mundo y de nuestro razonamiento. Declinemos, como el Sol, hacia Occidente.

Aunque el interés material—palanca de Arquímedes para infinitas dificultades—es el que está obrando el milagro de dar alas a este idioma español que durante siglos se arrastró terrero y lento, nuevas y más nobles curiosidades empieza también a despertar, por sí, la antigua lengua de Castilla,

la lengua del *Fuero Juzgo* y de las *Leyes de Indias*, del Romancero de oro y de la novela picaresca; la máscula lengua de Mariana, la lengua conceptuosa de Calderón, Quevedo, Gracián, Góngora; la lengua repujada de Rioja y Luis de León; la lengua generosa de Garcilaso y de Granada; la lengua en que Quintana habló de la libertad, Pi y Margall de las nacionalidades y Castelar de la democracia.

Se siente hacia nosotros un desdén de brazos y un reflujo de miradas. Se adivinan curiosidades. Se descubren espíritus sedientos de abrevarse en nuestras fuentes literarias.

¿No será llegado el momento de dirigir esas curiosidades que tantean?